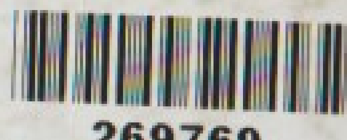
ALFONSO JUNCO

LA DIVINA AVENTURA

DINTEL DE
EFRAIN GONZALEZ LUNA



OBRAS DE ALFONSO JUNCO

POESIA

Por la senda suave — 1917
El alma estrella — 1920, 1936
Posesión — 1923, 1936
Florilegio eucarístico — 1926
La divina aventura — 1938, 1949

PROSA

Fisonomías — 1927, 1943
La traición de Querétaro — 1930
Cristo — 1931, 1942, 1943
Un radical problema guadalupano — 1932
Motivos mejicanos — 1933
Inquisición sobre la Inquisición — (Opúsculo) 1933
Un siglo de Méjico — 1934, 1937, 1946
Cosas que arden — 1934, 1947
Carranza y los orígenes de su rebelión — 1935
Gente de Méjico — 1937
Lumbre de Méjico — 1938
Savia — 1939
La vida sencilla — 1939
El difícil paraíso — 1940
Sangre de Hispania — 1940, 1943, 1944
Tres lugares comunes — 1943
Egregios — 1944
El milagro de las rosas — 1945
España en carne viva — 1946
El gran teatro del mundo — 1947

POESIA

LA DIVINA AVENTURA

ALFONSO JUNCO

LA DIVINA AVENTURA

DINTEL DE
EFRAIN GONZALEZ LUNA

EDITORIAL JUS
Méjico, 1949

PRIMERA EDICION: ABSIDE, 1938.
SEGUNDA EDICION: JUS, 1949.

Impreso en los Talleres de la Editorial Jus.

DINTEL

La aventura divina, la experiencia religiosa —conocimiento, ejercicio y goce—, es, sin comparación, más apasionante y rica que cuantas el hombre pueda emprender en su vida temporal. Todas éstas necesariamente están reducidas al escenario terrestre, cada vez más pequeño y usado, y a pobres escapatorias imaginativas que no alcanzan a traspasar su atmósfera. La otra lo trasciende y nos establece en el prodigioso universo de lo sobrenatural. Somos protagonistas reales, únicos, de una historia tan original e incomunicable, tan dramática y resonante, tan vertiginosa y desmesurada, que junto a ella lo cósmico y lo poético, aun supuestas sus más extremosas realizaciones, resultan minúsculos, deslucidos y triviales.

Esta historia no es una evasión de la otra, de la de aquí y ahora, ni su anulación o su renuncia. Hay entre ambas enlace milagroso, solidaridad, unidad. Lo temporal queda ubicado, articulado en lo eterno; la naturaleza, transfigurada, rehabilitada, iluminada por lo sobrenatural. Cada episodio y cada momento del acontecer humano, cada paso de la peregrinación, se enriquecen con sentidos, dimensiones y virtualidades maravillosos. Son premisas del acontecer defi-

a figurar en el catálogo de los delitos o de las calamidades sociales.

Para nuestra generación, juzgar de los resultados del proceso es desgarradoramente fácil.

Alfonso Junco ha vivido sin interrupción la divina aventura y con los dones mejores de su poesía ha dado testimonio fiel de las jornadas deslumbrantes. Claro testimonio para todos, sosegado, luminoso, reconfortante, como el arroyo en el valle, fácil de pasar y de beber, música transparente, frescor generoso, energía incansable. Ni cauce abismal, ni revueltos aluviones, ni fragorosas torrenteras. Ni elaboradas filosofías, ni noches místicas, ni sombrías tempestades de pasión. La vívida llama interior que transparece porque arde.

Ha sido siempre un ávido buscador de la verdad; y decirla, su misión de hombre de letras. Su estilo de buscar y de decir corresponde necesariamente a su configuración personal. En el conocimiento y en el mensaje halla la vía de acceso más recta y directa, más breve y sencilla, más centralmente certera. No descansará hasta bañarse en la trepidante evidencia del mediodía. No desfigurará jamás la verdad, ni será capaz de eludirla aun cuando favorezca al contrincante o dañe, en apariencia, su causa. Nadie podrá omitir el respetuoso reconocimiento de su inflexible probidad. Así es Junco poeta, historiador, polemista.

Pero la obra no estaría completa si la expresión literaria no comunicara con exacta fidelidad el pensamiento y la emoción. El artista supo fundir, en el crisol esforzado que el lector

olvida, el puro cristal translúcido que al mismo tiempo viste y descubre las formas en que se cumple el portento de la participación espiritual, la comunión humana. Expresión justa y flexible, penetrante y decorosa, iluminante y cordial, lo mismo en el poema que en el libro o en el artículo periodístico, alcanza, naturalmente, en la realización poética, los más ilustres niveles.

Yo tuve la fortuna de encontrarlo —uno de los más gratos y valiosos encuentros, una de las más inapreciables compañías en el ya largo viaje— desde los tiempos de "Por la Senda Suave" y "Alma Estrella". El juvenil argonauta surcaba ya con su barca y su cántico el mar uno y diverso de la divina aventura. Para mí, y para muchos conmigo, el noble mensaje fue un decisivo llamamiento. Llegaba en el instante justo en que, tras la primera fase de la conmoción revolucionaria, germinaba en la juventud la rehabilitación espiritual de México. Fue uno de los obreros de la salvadora y substancial rectificación en cuya virtud el itinerario vital no iría ya del cuello del cisne a la ubre de la vaca dentro del paisaje invariable; sino que lo superaría en gallardo vuelo vertical hacia la altura de los ideales limpios y de los bienes absolutos.

No siempre la vocación poética tiene el señorío de las condiciones prácticas de su cumplimiento. A veces es sólo una edad en la vida del escritor, aunque pudo llenarla toda espléndidamente. En Junco, el poeta tuvo que guardar silencio por años; pero no renunció al canto secreto. Brotaba incontenible en los más culminantes episodios de la sobrenatural odisea, a lo largo de varios lustros en que el incesante afán literario florecía en obras no poéticas. Pero al cabo de

ellos "La Divina Aventura", de cuya reedición las presentes líneas son dintel indigno, reunía en volumen esta acendrada colección de poemas. Esperemos que sea seguida de otros escogidos frutos del huerto cerrado.

Con hilos llameantes de tempestad

(¡El espantado espíritu batalle,
y a instantes grite y a momentos calle,
y, henchido y tenso de Infinito, estalle!);

o con refulgente puntuación de sonrisas

(Una orgía de estrellas en la altura);

o con negruras de apocalipsis y de infierno

(De luz predican los buhos,
las hienas dicen de unción,
. . . ¡toda carne es alarido
bajo el vómito de horror,
y desgárranse en el asco
ala y vellón!);

o con ingenuos ritmos pueriles

(Caminito de infancia
viniste a tomar),

se teje la tapicería celeste de que es otra cara, no revés informe, nuestra historia temporal.

Efraín González Luna

LA DIVINA AVENTURA

Abajo, lobreguez amparadora,
y una orgía de estrellas en la altura . . .
Gritos de invitación conturbadora
en la infinita sideral llanura.
Vértigo luminoso de la hora,
fuga del alma a la febril hondura . . .
¡Noche conspiradora
para tener con Dios una aventura!

Corramos el azar de tu camino,
aunque en sangre y jirón muera la veste.
Vamos, aunque el furor del asesino
la pavorida encrucijada infeste.
¡Llegue yo a las bodegas de tu vino
y en tu Crátera roja me recueste,
y me posea el frenesí divino
de tu carne celeste!
¡Corramos el excelso desatino,
y cueste lo que cueste!

Noche de invitación conturbadora,
con orgía de estrellas en la altura.
Un arcano clamor rasga la hora.
¡Convida Dios: corramos la aventura!

1937

ARRULLO

Duérmete, mi Niño,
duérmete, mi sol,
ya no te desvelen
cuidados de amor,
que aunque todos duerman
velaré yo.

Así cantaba la Virgen
arrullando al Niño Dios...

Y el alma que la escuchaba
hizo suya la canción:
que en el Pesebre Eucarístico
a su Niño contempló,
noche a noche desvelado
de pena y de compasión,
mientras el mundo se duerme
en un grosero sopor...

¡El alma que oyó a la Virgen
se prendó de la canción,
y traspasada de amores
el mismo arrullo cantó:

Duérmete, mi Niño,
del sagrario sol,
ya no te desvelen
cuidados de amor,
que aunque todos duerman
velaré yo!

1923

DIOS ESTA EN MI

Bajó la Santidad a la negrura...
¡Rásgueme en un gemido de pavura!
¡Despedáceme en raptos de ternura!
¡Desquícieme un sagrado frenesí!
¡Dios está en mí!

¡El cuerpo tiemble y arda y se disloque,
y en cortados alientos se sofoque,
y todo en él, desencajado, choque!
¡Dios está en mí!

¡El espantado espíritu batalle,
y a instantes grite y a momentos calle,
y, henchido y tenso de Infinito, estalle!
¡Dios está en mí!
¡Dios está en mí!

Pacifíquese el alma y se extasíe...
El Amado la arrulla y le sonríe
y ella en dulce deliquio se deslíe...
Ya se olvidan negrura y frenesí.
¡Oh suavidad, oh paz! Dios está en mí.

1923.

NIÑO DIOS

Niño Dios que estás naciendo,
nace aquí en mi corazón,
y en tus hechizos anégame,
y hazme niño y hazme Dios.

Nochebuena, Nochebuena,
fragante de evocación:
¿qué efluvios de cosas idas,
qué perfume de candor,
qué melodías lejanas,
qué balbuciente emoción,
qué manso desasosiego,
qué frescura, qué claror,
qué cosa que no se puede
decir con precisa voz,
nos penetra y sobresalta
y acaricia el corazón?
¿Es un ansia de ser niños?
"Sed niños —dijo el Señor—
si queréis entrar al Reino";

CONSOLADORA

Alma, sé consoladora.
¡Hierve tanta desventura
y tanto dolor implora!...
Vuelca tú, santa dulzura
y alegría redentora
sobre la humana pavura.
Abre con célica albura
la tiniebla aterradora.
¡Desgarra la noche obscura
con arreboles de aurora!

Una divina ternura
te entregue a todo el que llora...
aunque sabes que en la hondura
tu propia desgarradura
está sangrando invasora...

¡Qué importa! De la negrura
saldrá el alba redentora.
¡Tu sangre será en la altura
el arrebol de la aurora!

Alma, sé consoladora.

1925.

CAMINO DE CUERNAVACA

¡Camino de Cuernavaca,
sendero de perfección!

Penosamente en la cuesta
va jadeando el motor...
¡Qué sorpresas de horizontes,
qué inmensidad de visión,
cuánto oxígeno en al alma!
Pena y gozo de ascensión.

Tres mil metros sobre el mar,
y un frío estimulador
que despierta y tonifica
lo nuevo de la emoción.

Vigor de montes ubérrimos,
aire de limpio vigor;
y allá abajo el valle, risueño y minúsculo
como un nacimiento para un Niño Dios . . .

Fuerza y dulzura divinas:
dístico de perfección.

Por aquí pasó el estrago
con su bárbaro furor.
Pero triunfa de las ruinas
la exuberancia de Dios,
que entre las ruinas estalla
con excesos de verdor.

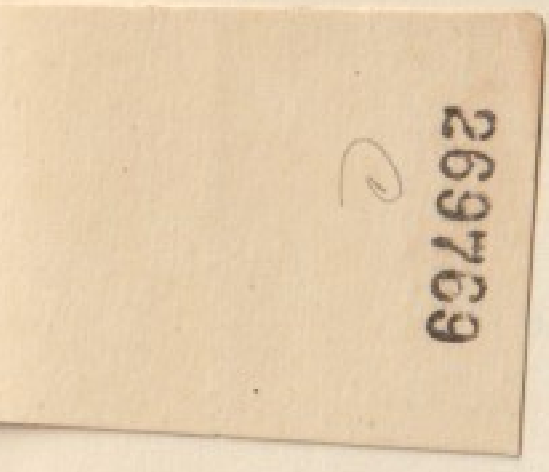
¡Alma del cristiano, victoriosa y fértil
bajo todo azote de desolación!

Camino de Cuernavaca,
pena y gozo de ascensión.

Camino de Cuernavaca,
fuerza y dulzura de Dios.

Camino de Cuernavaca,
sobre las ruinas verdor.

¡Camino de Cuernavaca,
sendero de perfección!



1925.

LIBERACION

Amado que encarcelado
te quedaste en el altar:
amor te puso cadenas
y sin movimiento estás.

Afuera, el mundo se muere
de frío y de soledad...

En tu sagrario hallaría
su remedio substancial:
la plenitud llameante
del amor y la verdad.
¡Pero lo ignora o lo olvida
y así envejece en su mal!

Tú no te puedes mover,
él no te viene a buscar,

¡y él y Tú, los dos se mueren
de frío y de soledad!

¡Ven a mi pecho, Señor:
yo te quiero libertar!
Ven conmigo, iremos juntos,
todo lo recorrerás:
calles, comercios, talleres,
los campos y la ciudad.
Iremos juntos, Amado:
¡donde esté yo, Tú estarás!

¡Señor, hazme transparente:
no te opaque mi maldad!

De tu presencia al efluvio
volverán todos la faz;
la sorpresa y el hechizo
poco a poco crecerán,
el asombrado deseo
con más ardor mirará,
¡y al ver tu plena hermosura
conquistados quedarán,
que es conocerte y amarte
un solo rapto vital!

Tu impotencia de moverte
fue designio de bondad.
Así como es tesorero
el rico, de tu caudal,
para que al dar tenga el júbilo,
virtud e industria de dar,
pero si cierra su mano
con codicia criminal
a Ti y al pobre defrauda
siendo dos veces rapaz;
así me das el tesoro
de tu cuerpo celestial,
no para el gozo egoísta
de esconderte en mi heredad,
mas para el gozo magnánimo
de llevarte a los demás,
entregándoles contigo
la perfecta Caridad.

Amado que encarcelado
te quedaste en el altar:
ven conmigo; vamos fuera;
donde esté yo Tú estarás,
te llevaré a todas partes,
¡que así te podré pagar
a Ti, Libertador mío,
mi deuda de libertad!

1926.

EL HUESPED

Perseguido y acosado
te has venido a guarecer
bajo mi techo asombrado. . .
Y todo en casa ha cobrado
candores de amanecer.

Vienes —¡otra vez!— cubierto
de sangre y sudor,
desollado y medio muerto.
¡Otra vez el pecho abierto
por nuestra infamia y tu amor!

Otra vez despedazado
bajo la cruz. . .
Pero tan enamorado,
que en el rostro amoratado
sonríe una mansa luz.

Ya siento por la escalera
tus leves pasos sonar...
¡Ah, cómo el alma quisiera
tenderse como una estera
y tu camino alfombrar!

¡Cómo quisiera ser cosa
dulce y blanda para Ti;
cosa humilde y cariciosa
que haga menos congojosa
tu estancia aquí!

¡Mira, Señor, cómo vienes!
¡Hasta de tu propio hogar
te han echado! ¡Ya no tienes
para reposar tus sienes,
ni tu sagrario y tu altar!

En mi mesa de trabajo
descansa ahora, Señor.
Deja el dolor que te trajo,
y con él, déjame un gajo
de tu claror.

¡Con qué hundida reverencia
me pondré luego a escribir
donde siento la presencia
de tu huella y de tu esencia
latir!

Y tu hermosura igniscente
transverberará el papel,
y saldrás en él viviente...
Y al leer, dirá la gente
conturbada: ¡aquí está El!

1928.

BALADA DEL DESENCANTO

Triscaba por los campos el hilillo de agua.
¡Qué aniñado alborozo! ¡Qué frescor matinal!

Reía con los pájaros, jugaba con las flores,
dábase, alegre, al trigo que cuajaría en pan,
todo con los luceros era guiños y fiestas,
y hasta con esas guijas sin bondad
que le ponían trampas y lo despedazaban,
¡cómo se reía al saltar!

El hilillo de agua por los campos corría,
candoroso y filial.

Y para toda sed y toda alforja
fué un aleluya su piedad,
y no hubo yerbezuela ni cardo sin su beso . . .
¡Y era una mano múltiple, con anhelo de dar!

Alguna vez, en un recodo,
malherido y exánime tras un crudo erial,
amortiguaba el paso, se escondía,
y lloraba con lágrimas de silencio y de paz:
¡y su llanto era él mismo, que así se desangraba,
duplicando en los páramos su riego de bondad!

Pero un día . . . ¡Quién sabe qué cansancios recónditos,
qué agonías tramaron su agonía letal!
Mas el hilillo de agua sintióse sin alientos
ni de reír ni de llorar.
Tenía el alma exangüe; todo le era baldío,
todo sin redención ni claridad . . .

El hilillo de agua se quebró en un sollozo . . .
¡y ya de él no se supo más!

1933.

PENTECOSTES

Huérfanos de Jesús, nos retraemos
medrosos y encogidos.
Rugen los enemigos circundantes.
Laxos nosotros, ellos engreídos.

Nueva María, la materna Iglesia
entre nosotros, consolante, aguarda.
¡La hora es congelada y tenebrosa!
¡Cómo la lumbre de los Cielos tarda!

Un formidable viento huracanado
nuestro albergue sacude:
¿es la persecución, o es el Espíritu
que en ella nos visita y nos acude?

Fuego de Dios a nuestras frentes baje,
intelecto de amor en ellas prenda,

y con lumbres de gozo y de martirio
nuestras almas encienda.

Como el viento, impetuoso; como el fuego,
candente, nuestro celo se propague,
¡y juzguen ebriedad de los sentidos
la divina embriaguez que nos embriague!

Todos transverberados, desechemos
nuestro albergue precario,
y escuche todo oído en toda lengua
el subversor mensaje del Calvario.

Nuevo diluvio de aguas cenagosas
trae en cruda zozobra nuestra barca.
¡Vuelve, Amor, con el ramo del Olivo!
¡Vuelve, Paloma, a serenar el Arca!

1933.

PISA ESTE MUNDO...

I

Pisa este mundo fangoso
con un repulsivo horror.

Purulentas tiranías
medran al sol,
y en la podre se hace lenguas
la abyección.

Sierpes en el sojuzgado,
buitres en el triunfador.
¡Y un hosco bramar de lava
con urgencias de erupción!

Asoma el oro: ¿qué fueron
amistad, decoro, amor?
Tibio el paterno cadáver
ya escucha gruñido y coz.

Fruta del bien, el ingrato.
Sombra del héroe, el traidor.

De luz predican los buhos,
las hienas dicen de unción.

Urdese en frío la guerra
por el cálculo feroz:
¡toda carne es alarido
bajo el vómito de horror,
y desgárranse en el asco,
ala y vellón!

Lepra voraz, la lujuria
cunde y solapa su ardor.
¡Lupanar es toda tierra
y suda prostitución!

II

Pisa este mundo sagrado
con un extático amor.

¿No son las madres, poemas
de Dios?
¿No es una pura fragancia
todo huerto que El selló?

Tienen las limpias auroras
rocíos de creación...
Y de fuentes, frondas, pájaros
en el suspiro y la voz,
hay mensajes fugitivos
de una Canción...

Aquí aguarda tu caricia
la santidad del dolor:
que estas sobras de tu mesa
para otro Mendigo son,
y estos sorbos de tu agua
aquella Sed los gustó,
que daba, más que pedía,
en el brocal de Jacob.

Aquí la hora fecunda:
tránsito merecedor,
breve noche en mala venta
como Teresa sintió,
para llegar con el día
al gran Día del Amor.

Aquí hizo Cristo morada
y El aquí la perpetuó:
las huellas de Palestina
se hicieron constelación,
y en cada rincón del mundo
vive el Señor.
¡Tierra Santa es toda tierra
y destila redención!

III

Pisa este mundo fangoso
con un repulsivo horror.

Pisa este mundo sagrado
con un extático amor.

1933.

LA DULZURA DE SER PERSEGUIDOS

Yo soy Longinos, el sayón estulto
que remató al Amor que se moría.
Yo desgarré la entraña en agonía.
Yo en el pecho de Dios grité mi insulto.

Señor, yo soy Longinos. Insepulto
bulle el horror en la conciencia mía:
¡no el crimen de mi torva felonía
quiero, Jesús, que persevere inulto!

Tu entraña abrí... Mendigo de esperanza,
vengo a implorar que enflores mis destinos
castigando la injuria de mi lanza.

Vuelca tu caridad en mis caminos
y ejercita conmigo tu venganza:
¡Abreme el corazón: yo soy Longinos!

1933

LONGINOS

¡La dulzura de ser perseguidos,
de sentirse cristianos de aquellos
que, recientes de Dios, sonreían
en llamas, en circos, en hierros. . . !

¡La dulzura de ser perseguidos,
de volver a los prístinos tiempos
del dolor radiante,
del éxtasis nuevo,
del amor sin rutina y sin cálculo,
de las alas sin lastre y sin miedo. . . !

¡La dulzura de ser perseguidos
como fue perseguido el Maestro!

¡Ser carne crujiente
que evoque y que cumpla su anuncio profético;
dilatar su Pasión por los siglos,
integrarla en su místico cuerpo,
y ser, con verdad tan abrupta
sus miembros,
que El clame en nosotros: "¿Por qué ME persigues?",
frente al Saulo eterno. . . !

¡La dulzura de ser perseguidos,
para que la herrumbre se muera en el fuego;
para que en la agitada piscina
salten paralíticos y cúrense enfermos;
para que, al retumbo de la agria trompeta,
despierten dormidos, resuciten muertos. . . !

¡Y el cielo en el alma, sosegado y nítido,
mientras que en horrendo
bramar de catástrofes, afuera parece
derrumbarse el cielo. . . !

1933

EL HIJO

Tu luz clarifíqueme,
árdame tu fuego;
tu resplandor mate mis sombras,
mi basura dé llamas a tu incendio.

Piedra angular, Cristo,
que al choque siniestro
de la angustia, diste
tu fulgor perfecto
de verdad, tu lumbre
de amor y de rapto y de cielo:
¡saca de mi piedra,
con golpe certero,
tu dulce relámpago,
tu fuego famélico!

¡Y hayan luz los que mueren de tiniebla,
lumbre los que mueren de invierno!

Suavísimas esquilas
canten saludo al sol que va naciendo;
campanas de locura
toquen a rebato: ¡Fuego, fuego, fuego!

Tu claror mañanero pacifíqueme,
sacúdame y desquícieme tu incendio;
hazme luz y hazme lumbre contigo;
dame el albor manso, dame el rayo intrépido.

¡Quiero hundirme en tu luz serenísima!
¡Quiero alzarme en tu línea de fuego!

1934

SALMO DEL FUEGO

Nuestro serás en la divina angustia
de la persecución;
nacerás en nosotros como cosa
nueva, Señor;
te engendraremos con la sangre viva
de la tribulación,
y en un hondo Belén hermanaremos
Getsemaní y Tabor:
trilogía celeste de la Aurora,
la Agonía y la Transfiguración.

Tomarás nueva carne en nuestra angustia
desgarrada de amor,
y al desgajarse en éxtasis los cielos
ante el nacer de Dios,
Méjico gemirá con voz del Padre:
"Tú eres mi Hijo: Yo te engendré hoy".

1933

REMANSO

I

"Mi secreto para mí",
dice a solas el que ama,
y früitivamente en su secreto
se acurruca y se empapa.

Mas el amor crece y sube
y anega y asfixia el alma,
¡y hace pedazos su cárcel,
y estalla!

Sale el amor desalado,
corre por valles y montes,
y dialoga con las fieras
y las cosas y los hombres,
y desgarrando los vientos
con saetas de clamores,

para que todos lo sepan
rompe su secreto a voces.

II

"Mi secreto para mí",
dice el Méjico que ama,
y en hondas catacumbas früitivas
se esconde y se deleita y se restaura.

Mas el amor crece y sube
y está asfixiando las almas,
y hará pedazos su cárcel
en insólita batalla.

¡Y ha de salir desalado
por los valles y los montes,
y les gritará a las fieras
y a las cosas y a los hombres,
y desgarrando los vientos
con saetas de clamores,
en las calles y en las plazas
dirá su secreto a voces!

1934

SECRETO A VOCES

Este es un mundo, todo un mundo mío.
¡Cuán breve cosa basta para el alma!

Trozo de césped, árboles,
fluír de agua . . .

Muera en olvido el tráfago de afuera.
Recoge aquí tu libertad . . . ¡y ensánchala!

Orbe de paz, remanso caricioso,
plenitud solitaria,
curación de zozobras,
inanidad de la ambición amarga,
sabiduría humilde
que abre los ojos y renueva savias . . .

¡Cómo estas hierbezuelas, y estas frondas,
y esta oración de agua,
su misterio de vida nos murmuran
y suavísimamente nos entrañan
en el Misterio grande, y nos lo vuelven
diáfano y familiar y sin murallas!...

¡Cómo el habla interior aquí se escucha
y la dulzura y el valor restaura!

Trozo de césped, árboles,
fluír de agua...

Tesoro abierto a todas las pobrezas,
divina democracia...

Este es un mundo, todo un mundo mío.
¡Cuán breve cosa basta para el alma!

1934

Curtido en vendavales y turbiones,
la tempestad es tuya:
¡pero qué paz, qué inmensa paz contigo!

ECCLESIA

¡Dame tu sombra cariciosa y brava!
¡Dame, Ahuehuete, el rapto
de tu hermosura ilógica!
¡Dame tu macicez y tu aventura!

¡Dame tu primavera milenaria,
y tu ciencia del cielo y de la tierra,
y el gozo de tu paz entre ciclones,
y el beso de tu abrupta poesía!

1934

En el Bosque: Ahuehuete milenario.
Muy cerca el mundo, con su estruendo, pasa.
¡Qué cerca está... y qué lejos!

El Señor y los siglos te forjaron,
Ahuehuete: poema
en que pusieron mano tierra y cielo.

Abrupta ramazón; pueriles, finas
las frondas menudísimas: chicuelas
que en el regazo del abuelo ríen.

Coherente de ilógica hermosura,
en tu unidad rotunda se dan beso
orden y libertad, dulzura y fuerza.

Ramas aventureras y románticas
asidas al pujante clasicismo del tronco.
Sensatez y capricho
en vital armonía turbadora.

Ancianidad de nudos, infancia de renuevos;
verde sonrisa y novedad perenne
en el rudo ascetismo de los brazos.

Savia de Dios difunde por tus venas
primaverales músicas,
¡y hay un salmo de siglos en tus ramas!

Raíz que se hunde recia; copa que asciende prócer.
¡Qué fuertemente sabes de la tierra!
¡Qué fuertemente sabes de los cielos!

Desgajáronse en ti todos los rayos;
se rompieron en ti todas las hachas:
gloria de cicatrices,
sólo para contarla, te dejaron.

LA DESOLADA PLENITUD

Cuando dejaste al Hijo en el sepulcro,
todo para tus ojos acabó. . .
Pero empezó en tu alma, obsesionante,
la invisible visión:
y redivivos y perpetuos fueron
la rota dulcedumbre de su voz,
y el mirar infinito,
y el indecible rostro, y el horror
de aquel cuerpo hecho sangre, y la borrasca
de las tinieblas, y el feroz
ulular de verdugos, y el gemido
gigantesco de la consumación. . .

Cuando dejaste al Hijo en el sepulcro,
todo para tus ojos acabó.
Fuiste sólo la Virgen del Recuerdo,
ya sólo con el alma la visión.
Pero la ausencia se volvió presencia
de más agudo resplandor,
y misteriosamente maduraste
tu plenitud en tu desolación.

¡Madre! Tu historia vuelve. La palpamos
y la vivimos hoy.

Pueden crucificarlo, y en la tumba
poner miedo y fulgor
de bayonetas... Al vacío trágico
que deja Dios,
las almas precipítanse en torrente
de muchas aguas y angustioso hervor.

Su carencia en anhelo se agudiza,
y es hambre y obsesión.

Y rugen, en azoro, los frustrados
asesinos de Dios:
¡porque su ausencia vuélvese presencia,
y plenitud nuestra desolación!

1935

EL VASO DE ALABASTRO

Sí, lo recuerdo. Un vaso de alabastro.
Me lo diste Tú.
Era un milagro de blancura,
transparencia y luz.

¿Cuándo fue?... Tuve un vaso de alabastro.
¡Lo perdí!
(Y un perfume de nardos cautivaba,
preclaro y sutil...)

¿Dónde mi vaso de alabastro?
¿Dónde está?
¿En qué pavura de la selva?
¿En qué vuelco del mar?

¿En cuál brusco recodo del camino
cayó?
¿O qué breñal me lo arrebataría
como a la oveja el vellón? . . .

Suspiro por mi vaso de alabastro,
cifra y nostalgia del intacto ayer.
Suspiro, y busco, y desespero.
¡Ya no lo encontraré!

¡Quiero, Señor, mi vaso de alabastro!
Sólo Tú me lo puedes dar.
Mira que para Ti nomás lo quiero:
mi loco amor te lo devolverá.

Dame, Señor, el vaso de alabastro.
De bruces ante Ti lo quebraré. . .
¡Y todo yo me rompa y anonade
en evasión de aromas a tus pies!

1935

HOY, ABULICA EL ALMA

Hoy, abúlica el alma
y embotada en rutina.
Como cerrado témpano de hielo,
estulta y fría.

Sordo estoy a tu voz, mudo a tu oído,
ciego a la claridad de tu venida.
Un estólido témpano
es el alma baldía.

¡Acerca más tu lumbre,
y mi hielo, Señor, estalle en linfas!
¡Urja, implacable, tu incendiario leño,
y rompa el alma en chorros de armonía!

1936

INVIERNO

En cenizas el fuego,
la casa fría. . .

No en el umbral, temblando, te me quedes;
empuja con violencia decisiva,
y abre la puerta que tapió el invierno
y entra en casa, Señor, como solías. . .

Ven al hogar en que murió la llama
y pon tu leño ardiente en mis cenizas.

Y, al amor de la lumbre consolados,
platiquemos de cosas escondidas. . .

1936

MIRAR

Quema, con breve círculo de nieve,
tu Sol...
En lateral tiniebla, fascinado,
sin que nadie me mire, te miro yo.

Minúsculo resquicio entre columnas
da a mis ojos el centro de tu Luz.
Nada más eso miro:
¡me miras Tú!

¡Pon virtud de presagio y profecía
en la verdad suavísima de hoy!
¡Búsqueme, aunque me esconda, tu mirada!
¡Mírete siempre yo!

Si cuchillos de tedio y desamparo
llegan un día a degollar mi luz,
cuando, el alma en tinieblas, nadie me mire,
¡mírame Tú!

Y aunque todo horizonte se embravezca
con implacable cerrazón febril,
¡ábreme siempre, Amor, este resquicio
para mirarte a Ti!

1937

LA BANDEJA DE DIOS

Esperar, en penumbra rinconera,
que salga el Amor...
Y como sale incierto y entumido
por el ahogo de la prisión,
cuidar sus pasos por que no tropiece
ni sufra las caídas que aquella vez sufrió...

Poner, radiante del postrado gozo,
toda a sus pies la activa expectación;
y recoger, no más, en el Banquete,
las migajas de Dios...

Saciarse con las sobras del milagro,
volver a la penumbra del rincón...
Y, limpia y tersa la avidez humilde,
esperar, otra vez, a que salga el Amor...

1937

DE CARNE Y HUESO

Así: te necesito
de carne y hueso.

Te atisba el alma en el ciclón de estrellas,
tumulto y sinfonía de los cielos;
y, a zaga del arcano de la vida,
perfora el caos y sojuzga el tiempo,
y da contigo, Padre de las causas,
Motor primero.

Mas el frío conturba en los abismos,
y en los días de Dios amaga el vértigo.

¡Y un fuego vivo necesita el alma
y un asidero!

Hombre quisiste hacerme, no desnuda
inmaterialidad de pensamiento.

Soy una encarnación diminutiva;
el arte, resplandor que toma cuerpo;
la palabra es la carne de la idea:
¡encarnación es todo el universo!

¡Y el que puso esta ley en nuestra nada,
hizo Carne su Verbo!

Así: tangible, humano,
fraterno.

Ungir tus pies que buscan mi camino,
sentir tus manos en mis ojos ciegos,
hundirme, como Juan, en tu regazo,
y —Judas sin traición— darte mi beso.

Carne soy, y de carne
te quiero.

¡Caridad que viniste a mi indigencia,
qué bien sabes hablar en mi dialecto!

Así, sufriente, corporal, amigo,
¡cómo te entiendo!

¡Dulce locura de misericordia:
los dos de carne y hueso!

1937

ESCONDITE

Caminito de infancia
viniste a tomar,
y a las escondidas
te encanta jugar.

Corres, te me escabulles,
yo te voy, anheloso, a encontrar . . .
¡y más fresco, y más niño, y más mío
te descubro después de buscar!

Tienes un preferido escondite
que tu ingenua malicia toma y vuelve a tomar.
¿No ves que te traiciona lo blanco y lo bermejo
que te notó la niña del Cantar? . . .

Perdiste en el juego.
Te encontré y no te vuelvo a dejar.

¡Y cómo te gusta,
perdiendo, ganar!. . .

1937

EMAUS

Atardece en el alma y en la tierra.
Vengo a buscar la plenitud amiga
en el remanso de tus soledades.
Extasis. Humildad. Estoy contigo.

"¡Quédate con nosotros, que atardece!"
gimió el despedazado arrobamiento
en Emaús . . .
¡No vale ya el gemido!
Atardece, y te quedas con nosotros.
Partióse el pan, y tú no te partiste.
¡Oh, divino Emaús sin despedida!

Atardece en la tierra y en el alma.
Todo ruido es ausencia en la Presencia.
Contigo y en penumbra: ¡mío el cielo!

1937

ESCANDALO

Te gusta a la intemperie
la verdad.
Clamaste en los tejados, en las plazas,
en el monte, en el mar.

Hoy, como ayer. Omnipresente, lúcida
publicidad.
Pantalla, aviones, radio,
todo lo moderno, todo lo audaz,
anuncie tu increíble mercancía
y tu perpetua novedad.

No a la zaga. Rutinas y poltrones
atrás.
Cristo siempre en la punta de la vanguardia
va.
Escandalícense los fariseos.
¡Hay que escandalizar!

Ante el hondo carisma,
la tácita humildad;
para invitar al Agua y al Espíritu,
el enhiesto y omnímodo clamar.
Para mí, mi secreto en la tiniebla;
mi grito de luz para los demás.

La lengua de la llama no malogre
bajo del celemín su flamear.
¡Siempre en alto la cruz, ante la cara
del sol y de la tempestad!
Y —puñal de las almas— roto al viento,
el alarido de la Sed voraz.

1937

PORQUE ES DE NOCHE

¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre,
aunque es de noche!...
Juan de la Cruz

Soledad de perfecta compañía,
tiniebla abajo, arriba resplandores.
Pliégase el alma y sube y se extasía...
porque es de noche.

Dulce misterio y santa poesía;
sombra transida de revelaciones
que la luz cegadora no sabía.
Se oculta el sol, para engendrar mil soles
que encienden una arcana sinfonía...
porque es de noche.

No sangre que de horror me mataría,
no cruda carne en mesa de pavores:
suavidad maternal de eucaristía...
porque es de noche.

Nunca violar tus llagas, como hacía
Tomás con dedo torpe:
la bienaventuranza que él perdía
gánola yo, Señor... porque es de noche.

Tiempo de amor y de filosofía,
raros atisbos, conturbadas voces,
y, todo, sacramento y celosía...

En la pura esperanza de tu día,
yo te bendigo, Amor... porque es de noche.

1937

POESIA

¡Y esta arcilla de palabras
para decir el silencio,
y este plomo de cadenas
para dibujar el vuelo!

Liberación, Poesía:
musicalidad de sueño,
fragancia en la noche ciega,
sigiloso balbuceo,
y en el aljibe recóndito
virginidad de lucero...

¡No romperá los grilletes
el estertor del anhelo!

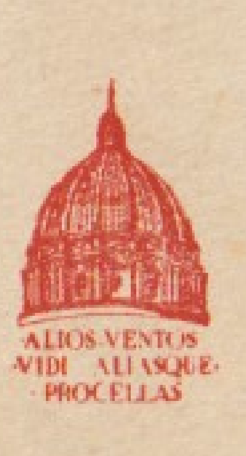
Liberación, Poesía:
No en el ágora del verbo.
¡Sólo en la tácita Alcoba
sabré el sabor de tu beso!

1937

INDICE

Pág.

Se terminó de imprimir este libro, el día 11 de diciembre de 1948, en los Talleres de la Editorial Jus.
—Mejía 19, México, D. F.—


ALIOS VENTOS
VIDI ALIASQUE
PROCELLAS